

## textos

### el presente

**Con Laura dormida**, *A Sandra Rodríguez Perdomo*, Cruce, Madrid, marzo de 2006

*Ignacio Castro Rey, Madrid, 28 de marzo, 2005*

Es alucinante hablar ahora de Sandra como si estuviese muerta. Si no hubiera que hablar obligatoriamente sobre ella, sino sólo de vez en cuando, según los giros del día, eso sería llevadero. Sería lo propio, incluso una cura diaria. Lo que resulta un poco temible es tener que ordenar lo que sabes de ella de golpe, a sólo seis meses de su muerte, de la a a la z. Cuando, para más *inri*, uno no sabe hacer otra cosa. Todo sobre ella, sobre la que fue tu esposa, cuando estabas mientras tanto curándote, dejando pasar el tiempo, ocupándote de vuestra hija Laura. Y sin embargo, puestos a hacerlo, habría que hablar ante todo de su energía, de la entereza de su vida, de la fuerza que ponía en vivir. Es preciso batallar otra vez contra la desesperación para hacer algo que esté a la altura de su firme paso por este mundo.

Todos hemos aprendido mucho en estos últimos tiempos. Lo más escandaloso de la muerte de alguien querido es lo que cambia, lo que ahonda en la vida, obligándonos a ser más humanos. La muerte es un escándalo, digan lo que digan las nuevas propuestas de gestión social. Y la única forma de hacer de ese escándalo algo con sentido es "usar" la muerte para aprender otra vez a vivir, para darle una vuelta de tuerca a esa asignatura siempre pendiente. No sólo es que la vida siga. Es que al día siguiente de la muerte de Sandra estábamos obligados a ser mejores, tal vez saboreando más el minuto que nuestra velocidad suele arrollar.

Mustélido de ojos pardos. La conocí con la melena recortada, cortina lisa rematando su figura grácil, nerviosa, chinesca, con un tintineo de risa que le borraba los ojos mientras mantenía dos conversaciones al mismo tiempo. Su entrada en nuestras vidas fue un viento de aire fresco. No solamente coqueta, altiva, encantadora. No solamente sangre en las venas allí donde había "intelectuales". También una revolución organizadora (desde Cruce a La Unión o al colegio Las Canteras), con una inteligencia rara para captar de golpe las cosas. No había duda común (¿y de qué vale una duda que no es común?) sobre la cual ella no pudiera decir algo clave. Y poniendo siempre, para apoyar su idea, el capital humano que había acumulado en su peculiar reguero personal.

Sus bromas sobre mi intelecto pesimista, sobre mi mentalidad apocalíptica. Mujer-mujer con un fondo de sombra, era demasiado fuerte siempre, demasiado orgullosa, incluso en sus peores momentos, como para no desconfiar de muchas ideas modernas. Como mujer, tenía una relación con el sexto sentido, con el espíritu de los sentidos, que le ahorraba los rodeos de la erudición y las trampas sociales en las que se enreda el deseo. Sabía lo que quería y decía lo que sentía: "Ignacio, tenemos que hablar". Qué bendición eso para quien venía del gremio parapléjico de la filosofía, de la provincia del arte. Soplo de aire silvestre cruzando una habitación viciada. Y aquella intuición casi paranormal para adivinar qué había detrás de tal mensaje, de tal persona, de tal asunto. Esa elementalidad, y su empatía con lo popular, con el registro más sencillo de quien fuera, era explosiva en unos medios habituados a la doblez permanente.

Con ella se sentía siempre la torpeza de la erudición intelectual frente al genio del pensamiento.

Pensar, lo que se dice pensar, abre una línea de brujería. Y en eso estaba ella siempre. Brujita. Su fe en lo que no se veía. Los espíritus que ella veía, que siempre vio. Aleteaban, sigue aleteando, aunque no fueran suficientes para retenerla aquí. Y sin embargo, se prolongan en esta energía que aún se derrama sobre nosotros.

Por en medio su aire resuelto, su cuello de cierva, los hombros esculpidos, el cabello cayéndole sobre la nuca. Y ese aire exótico, a medias entre canaria y francesa, con su cuerpo de bailarina flexible, modelado en el aire. Habría que hacer toda una tesis doctoral sólo sobre los mil matices de la cara de Sandra. Un homenaje a su rostro que incluyera la sal de la tierra en las pestañas sureantes, los ojos de miel, un poco rasgados. La nariz fina, el cabello ensortijado de verano. Bucles negros sobre piel morena, ligeramente pecosa. Y esos hombros otra vez, cincelados.

## 2

Querida. Tu frecuente alegría pueril, tu cólera de tecnología punta, tu ironía afilada. Tanto carácter que a veces saltaban chispas con otras personas. Alma gemela, tal vez más destinada a ser compañera que a otra cosa. ¡Cómo fuiste misteriosamente tú hasta el final! Cuando torciste con humor el gesto en los últimos días, aunque estabas hecha polvo, al nombrarte una persona que ya no te gustaba. Cuando susurraste, con una mezcla de reproche y ternura, ante las razones que dábamos para no levantarte de la cama: "mentirosos". Tu conmovedora terquedad para ir por tu pie al baño y apartarte del lecho de muerte, mi amor, cuando ya no podías contigo. ¿Cómo se le dice a alguien que adoras y aún quiere vivir que tiene que prepararse para morir? Cómo, cómo, cómo.

Muchos adorábamos ese sentido del humor que se mantuvo hasta el final, a veces un poco negro (ante el espejo: "¡Uf, podía triunfar en el casting de Auschwitz!"). El humor que permanece grabado también en los deliciosos mensajes que algunos tenemos en los móviles. Y la coquetería incansable, que te llevó a ocultar tu rostro ante la entrada de un hombre que te importaba en tu última alcoba. Tuve que sonreír a veces al comprobar la energía que desplegabas hasta el final, la misteriosa fidelidad a ti misma, cuando ya apenas te sostenías.

Genio y figura. La pequeña de la familia. Mimada, siempre en el centro del universo, como debe ser. Doña perfecta, martirizándose un poco porque las cosas no fueran óptimas. Aunque tenías una prodigiosa capacidad para encarar los problemas de los otros, a veces te encharcabas extrañamente en los propios. ¿Falta de confianza en ti misma? Me unía a ti ese sabor de infortunio, esa voluntad un poco dura de perfección, es cierto, pero también una alegría infantil capaz de aflojar la cuerda allí donde otros se hundían.

Perfecta de ánimo como tu belleza, tú no podías morir, no podías dejar esta vida aún incompleta. No podías, por encima de todo, dejar a tu hija. Aun sabiendo que el mundo la quería, que Laura tenía un mundo a sus pies. Por eso cuando te fuiste al hospital para no volver estabas empeñada en que sólo eran unos días. Me dijiste con un gesto: "¡ojito!", como si sólo se tratara de una etapa más. Incluso a tu hermana, al sorprenderla llorando junto a tu cama, le dices: "¿Por qué lloras, boba, no ves que no me voy a morir?". Nunca sabremos si todo esto era una más que lógica voluntad de *seguir*, en ti que eras joven y

estabas empezando otra vida, o era también piedad hacia nosotros, los que nos quedábamos atrás sin consuelo. De cualquier manera, estoy seguro de que reuniste toda tu vida antes de la muerte, haciendo los deberes. Tal vez lo señaló ese movimiento de alivio en los ojos al ver que finalmente entraba tu hermana en tu última habitación, la 612 A.

Después la morfina para aliviar el dolor, para ayudar al tránsito. Lo que un cuerpo lleno de vida como el de Sandra tiene que sufrir para que acepte morir.

¡Cómo luchaste durante todo el tiempo, cómo luchaste hasta el final! Hasta el punto de desorientar a los médicos, de desorientarnos a todos nosotros. Tu afán de saber y de batallar te llevó a consultar en los últimos meses a alguien que alimentaba tu espíritu, un hombre que tal vez te decía lo que querías oír, lo que necesitabas para mantener el esfuerzo hasta el final.

### 3

Con la vida en el cabello, en la respiración, en el sueño inducido, pero no en los ojos. La vida todavía en el pelo, no en los ojos. Tus "crisis de ausencia", con la mirada ladeada, fija en un punto inexistente. Muñeca rota. Lo peor de todo era ver ese gesto tan habitual en ti de rozarte la nariz, el mismo gesto que hacías cuando dormitabas por la tarde frente al televisor. Pero ahora hecho sin vuelta, sin posible despertar, mecánicamente. Aún quedaba algo de tus costumbres en el misterio de tu silueta vacía. Después del infierno que nos ha arrasado, queda el ritual de nuestras costumbres. Sandra ahí, pero sin vida. Ahí, pero fuera de la vida: jamás entenderemos este misterio. Creí que ya lo había visto todo y sin embargo, ahora no podía con esto.

Lo que me convirtió en el peor acompañante hospitalario que se pueda imaginar fue vivir tres tormentos en uno: alguien que amas hasta el límite (el de ofrecer tu vida, incluso *poregoísmo*), se muere; la madre de quien depende lo más amado se extingue; tu única mujer, y la vida no te ha dado tiempo para resolver la relación con ella. En cierto modo, aún no la conoces. Yo nunca había pasado por algo así, tampoco durante la muerte de mi padre.

Mi pequeña Sandra agoniza. Tardaré mucho, mucho tiempo en ser uno más entre mis amigos. Ruinas del día a pleno sol, cenizas del cielo. Caminar de noche, con ella en la unidad de paliativos, por el paseo de una playa iluminada en línea hasta a lo lejos, bañada en la humedad de una melancolía sin remedio. Y mientras, las estrellas titilando arriba, iguales. Las ramas del viejo manzano acariciando la silla vacía de mi padre ya anunciaban algo así, esa terrible inocencia. "La muerte no es nada, sólo el plomo que sella un frasco repleto". Cómo atravesar la muerte y que los demás sigan, ajenos a eso que está en el centro y te desgarras.

"Pensé que Dios me había escuchado", dice su madre ya resignada. Madre. Hija. La mano que mece el mundo. Después, su padre creerá volver a verla allí, allá, a lo lejos. Cierta, ella no podía no estar. No podíamos concebir que el mundo, esa luz de Las Palmas, pudiera sostenerse sin ella. El mar que espejeaba su nombre, ese rumor nocturno de la espuma en la *casa nueva* de la calle Mary Sánchez. Cuando me acerqué a dormir la primera noche tenía un poco de miedo. Conforme entraba en la casa,

algo de ella, confundido con el rumor marino, me calmó. Sandra sigue: en el sueño de Laura.

Durante los años de enfermedad, la incertidumbre constante, los vaivenes de optimismo y pesimismo. La alegría de aquella primavera y verano donde te sentías curada. Aquel verano tan tórrido en Galicia. Laura, la familia en El Picón, los trabajos de la madera. Y tú, entrando y saliendo, todo el día al teléfono. Comenzabas una nueva vida... y además, eras interminable al teléfono. ¡Cómo echaremos de menos también eso! Después, finalmente, otra vez la fatalidad y todas las declinaciones de la duda. Todavía. Ya. Aún. Ya no. Hacía tiempo que, tras estrellarme contra la frialdad de los diagnósticos, había decidido seguirte, no saber más que tú. Creer contigo, tener fe en tu resolución. Ella. ¡Tanta gente, que a veces apenas la conocía, lloró por ella! Los teléfonos humearon esos días con el dolor casi griego de esta tragedia.

Al final, los ceremoniales masivos propios de una hija, una hermana, una musa de las dificultades diarias. Toda tu gente reunida. Todos tus amigos, tan distintos unos a otros. No, ciertamente, no tuviste mala suerte con tus amigos, no tuviste mala suerte con los hombres. Y menos aún al aparecer aquella mariposa a última hora, aleteando entre nuestros cuerpos vencidos.

"No sé a quién hemos enterrado", dice, con una mezcla de asombro y admiración, una mujer de la familia que la adoraba. Y es que esos días de las exequias recibimos los ecos de una infinita complejidad. Sandra era un ser tan esquinado, tan vital, tan adiestrado en el juego y en el secreto de la existencia, que le costó reunir sus mil esquirlas para el esfuerzo final. ¿Si ella ya vivía lo espectral aquí, en los entrepaños de esta vida, como iba a aceptar *además* morir?

"Queridas amigas, Sandra ha muerto". Lloras después junto a mujeres que apenas conoces. Por una vez en tu vida, has podido hacerlo, no te has avergonzado de eso. E hilas retazos de conversación al pie de su partida, palabras que pocas veces has tenido con nadie. "¿Sirve de algo ser médico en este trance?". No, igual que la filosofía, no sirve de mucho. Según tu modo de ser, mantienes la atención flotante de quien no tiene un puesto fijo. A su padre le oyes decir: "Si tiene que ser, que sea ya. Que no sufra más".

El cielo abajo, la tierra arriba. El cielo en los ojos de Laura, la tierra en el cuerpo de Sandra. Después, tener que contarle a vuestra hija lo que ha ocurrido. La hora más angustiosa que puedas imaginar: "¿Nunca más la veré *aquí*, nunca?", mientras ella llora como nunca has visto llorar a una niña. Nunca más. La tarea de lograr una eternidad compatible con ese nunca más, con la más breve duración. Apenas un soplo, un suspiro, un poco más que nada y sin embargo tienes que pensar en eso para el resto de tus días.

"Tu hija aprenderá mucho, crecerá". "No, no quiero que aprenda, no quiero que deje de ser niña". Esta fue la cuestión clave, la fortaleza de la infancia, la del niño que nos sigue en silencio. Por ejemplo, cuando en medio de una función de circo suena un móvil. El padre de nuestro amiguito dice: "Es mamá". Laura, incrédula: "¿Es mamá?". Enseguida recuerda que es otra. Y sin embargo, a pesar de tantos sobresaltos, los días discurren. Laura no olvida, ni un solo día, ni se encharca en la tristeza. Incluso al poco tiempo se habla de *mamá* con una extraña naturalidad, a veces en presente. Ya una madre lo había advertido: "Te estás confundiendo. Todo es más sencillo que eso". Asombroso: al margen de todos los saberes, la existencia existe.

La vida es dura, larga, lenta, a veces incomprensible. Después, te dicen que ella ha de morir. No me extraña que haya tanta gente que se aferre a Dios. En todo caso prefiero cien veces eso a la mutación que ya es tradicional entre nosotros, logrando el consabido blindaje conceptual, el aura de la vida encauzada. La muerte de Sandra supuso la lenta prueba ontológica de la inexistencia de Dios, es cierto. Pero qué tenga todavía que ver con lo teológico esa inexistencia es algo que nosotros, que lo hemos deconstruido todo para mejor amurallar nuestra identidad pública, estamos obligados a dejar para cursos superiores.

*Nosotros*, qué gran tema. Estamos tan ocupados con nuestro miserable "cuidado de sí", con nuestra obra, con nuestra sacrosanta alteridad de diseño, que con frecuencia ni recordamos las normas de educación elementales, no digamos la piedad, la generosidad que le debemos al otro de carne y hueso que se está pudriendo, ahí. Toda esta gente que nunca ha muerto, que nunca ha atravesado la muerte, que no sabe qué decir cuando alguien muere. ¡Qué triste! Muertos en vida, por no vivir el sentido de la muerte.

Colocados frente a ese límite resultamos penosos. Como no lo fueron nuestros padres, hay que decirlo. Nuestros padres. Algún día tendremos que reconocer hasta qué punto hemos sido injustos con ellos, hasta qué punto somos patéticos comparados con ellos.

No así Sandra. Estamos obligados a ser un poco más justos a su sombra, una sombra que ahora precede a su cuerpo. De jóvenes algunos pensábamos tanto en la muerte que éramos graves. Tanto, que ahora nos podemos permitir el lujo de ser casi joviales, de mantener incluso en este trance una alegría austera. Lo más extraño de la muerte de Sandra, la herencia que nos deja consiste en confirmar que la ausencia ya estaba en la pulpa de la vida, en ese misterio común de las pupilas. También en la extraña soltura de los niños, donde aún se mezclan naturaleza y leyendas. Ellos tienen una sabiduría espontánea hacia lo invisible de la que brota esta religión intuitiva que nos conforta en momentos cruciales.

Aquella espiritualidad que tuvo ella se derrama ahora en Laura. Bendita sea esta prolongación de su oscura energía, con su misma respiración, en miniatura. Nadie tiene la exclusiva de Sandra, pero creo que serle fiel nos exige acercar un poco más el sueño al estruendo del día, tener otro valor para la noche. El sueño sabe más de lo que el día vislumbra, de lo que la vigilia imagina.

Un océano vibrando lejos, libre, ahondado en complejidades de tormenta. Y Laura, en mis hombros: "¿Mamá vive, todavía?". "No, Laura, mamá ha muerto". "No, quiero decir si mamá *sigue*, como un ángel". "Sí, hija, mamá sigue". Tener la fortaleza de poder responderle a un niño, de revivir ese esquema según el cual la luz del cielo prolonga el enigma de la tierra. El poder de una religión se basa en la muerte, la gran igualadora. Cuando llega por fin, clavando el misterio de la desaparición en el centro de la materia, entendemos mejor el materialismo de lo religioso.

Toda una vida basta apenas para una brizna de hierba. Toda una vida: después, su perfil tembloroso de pajarito desplumado. No, no fue fácil llevar esa lenta degradación de lo que había sido una belleza que sobrecogía. Pero la quieres tanto que sigues viendo la misma cara, los mismos gestos, la

belleza de su alma en la cara. Una especie de piedad en la naturaleza hace que sigas viendo el rostro que su belleza esculpe a través de la enfermedad. De hecho, conservas de ella un relicario trenzado de recuerdos. Fuerte como los riscos al sol, como el borde de encaje de la marea.

Con lo que ella quería vivir y sus restos encerrados ahora, ahí. Te oyes decir a un amigo, frente a esa lápida: "No, no te vayas, no me dejes solo ahora. Ya le hago homenajes solitarios a Sandra todos los días". Sepulcro remoto, solitario. Lugar que de nuevo cubrirá la hierba. Mágica soledad junto al mar sonoro, murmurando quedo, murmurando siempre. Que el dios de todos los hombres proteja esa esquina de silencio donde algo de su ser descansa. Que guarde también ese resto de alma que sigue entre nosotros, aleteando mientras respiramos, mientras nos confundimos, mientras caminamos. Cuando intentamos mantener en medio de todo eso la inocencia del mundo, la posibilidad de una descendencia, de que algo en nosotros juegue, incluso después de lo peor.

Más tarde el otoño continuó, como encendido. Los abuelos, los hermanos y cuñadas, las primas, los amigos. Los paseos en el resplandor de Las Palmas, mientras seguimos pulsando las cuerdas del día. El griterío del cole al ir a buscarla, las tardes suaves con Carlos, Juani, Manolo. Madres, niños, calles, noticias. Otra vez el desordenado orden del mundo en nuestras cabezas. Tal como le gustaba a ella. Meses después, en Madrid, Laura pregunta: "¿Cuándo baja mamá, cuándo nos toca? ¿Se la puede tocar?". "Cuando duermes", recuerdas, al dormirte. Duérmete, mi amor, duerme.